

¿A QUÉ LLAMAMOS PARTICIPAR EN DEMOCRACIA? Diferencias y similitudes en las formas de participación

WHAT DOES PARTICIPATE MEAN IN DEMOCRACY?
Differences and similarities in participation

ERNESTO GANUZA FERNÁNDEZ
IESA-CSIC. Córdoba. España
eganuza@iesa.csic.es

FRANCISCO JOSÉ FRANCÉS GARCÍA
Universidad de Alicante. España
francisco.frances@ua.es

RESUMEN

El trabajo que a continuación presentamos se apoya en la discusión acerca de las razones que median para que un individuo participe políticamente en España. En este sentido presentamos dos modelos distintos de participación, generalmente aceptados, a partir de las prácticas políticas y culturales asociadas a ellos. Uno se refiere a la participación en grupos organizados o corporativos, y otro alude a la participación individual no organizada previamente. El objetivo es comprender los factores que apoyan uno u otro modelo con el fin de poder pensar mejor tanto los problemas contemporáneos alrededor de la participación ciudadana, como abrir nuevos horizontes en este problema. Nuestra conclusión plantea la reciprocidad de las prácticas participativas convencionales y las no convencionales, o sea, que se refuerzan mutuamente, aunque estas últimas apoyan mejor los valores cívicos esperados de la participación y la democracia.

PALABRAS CLAVE ADICIONALES

Democracia, Participación convencional, Participación no convencional, Política.

ABSTRACT

The purpose of this paper is to deliberate about the means and the context involved in individual's participation. For this respect, we make up two models about participation that we present regarding the political and cultural background bound to them. The first one is related to participation by institutionalized ways as such social organizations or direct contact with politicians, while the other one is related to participation by not regulated ways as such demonstrations, shopping boycott, that is, conventional and non conventional ways of participation. The aim is to know which features we can find being linked to both models to be able to think of citizenship participatory. Our analysis conclude that either conventional and non conventional ways of participation are reciprocal, so they reinforced each other, although it stress on that the non conventional participation support, better than the first one, the civic values we can expect from participation and democracy.

ADDITIONAL KEYWORDS

Conventional Participation, Democracy, Non Conventional Participation, Policy.

INTRODUCCIÓN¹

Hoy día es difícil poder argumentar de forma conclusiva si vivimos un escenario de declive en la participación ciudadana o no. Existen estudios empíricos que podrían sustentar tanto una como otra orientación. Partiendo de los estudios de Putnam el declive de la participación ciudadana pareciera hondo. En cambio desde los estudios de Inglerhart y, por ejemplo, Norris o Newton, se hace plausible pensar un escenario sin declive. Ante las razones dadas por unos y por otros, apoyados todos por solventes estudios empíricos, tenemos pocas opciones, más que convencernos de la existencia de, por lo menos, dos modelos de participación distintos, cada uno de los cuales puede proyectar una imagen de la participación diferente. El trabajo que presentamos quiere ahondar en este problema, pero desde otro ángulo, tratando de comprender las causas que subyacen a los diferentes modelos de participación que se tienen en cuenta en cada una de las dos alternativas mencionadas.

En las posturas que esquemáticamente hemos polarizado subyace una hipótesis de práctica política distinta que, finalmente, contextualiza los fenómenos participativos en una tendencia alcista o en un declive. El argumento acerca del declive de la participación cobra, así, mayor relevancia si tenemos en cuenta el supuesto que guía la conclusión, que acentúa el declive de la participación en las asociaciones (Putnam, 1993 y 2000), argumento que se apoya explícitamente en la supuesta importancia que aquéllas tienen en la democracia. Es el argumento tradicional que encontramos en Tocqueville y que parte de entender las asociaciones como el corazón de la vida democrática, como escuelas de democracia. A partir de aquí, la disminución de la participación en las asociaciones de una específica comunidad no plantea únicamente que haya menos participación, de por sí ya una cuestión negativa. El problema vertebral es que la disminución de la participación aquí tendría como resultado la debilidad del mismo sistema democrático, al perderse un elemento básico de la extensión de las prácticas democráticas (conocimiento del otro, diálogo, argumentación, etc.) que podríamos encontrar en la vida dentro de las asociaciones. Los planteamientos desplegados por Inglerhart (1991 y 1997), en cambio, presuponen un escenario distinto. La hipótesis de partida aquí es la emergencia de nuevos valores y nuevas prácticas sociales, debidas al desarrollo de la vida moderna. Estos nuevos valores (postmaterialistas) presupondrían un escenario participativo y político diferente, en el que las asociaciones no desempeñarían un papel tan relevante como aquél que Tocqueville abrazara en su clásico estudio. Desde aquí el declive de la participación no tendría tanto sentido, bien porque la participación no ha disminuido críticamente considerando el nuevo escenario, bien porque la supuesta disminución de la participación en asociaciones podría ser valorada, en todo caso, como un impulso a otras formas de participación que ahondan en dimensiones participativas no recogidas adecuadamente desde la otra perspectiva.

¹ Este trabajo sería completamente distinto sin los consejos y la crítica realizada previamente por Joan Font, a quien se deben muchas de las mejoras del trabajo. La responsabilidad del resto sólo es nuestra.

Nuestro propósito en el presente trabajo es analizar las formas de participación que subyacen a ambas posturas, pero no con el objeto de rebatir una u otra ni para cerciorar si la participación disminuye o se incrementa, sino con la intención de comprender las relaciones que subyacen a esas formas de participación, tanto entre ellas, como con las predisposiciones actitudinales habitualmente asociadas a la participación sociopolítica. Así, por un lado, vamos a estudiar las actividades que se pueden vincular a un individuo que participa mediante organizaciones sociales y, en este sentido, valoraremos las actitudes que apoyan esta opción. Por otro lado, vamos a analizar las actividades que llevan al individuo a participar mediante procesos no organizados o no institucionalmente, al tiempo que podemos valorar las actitudes que apoyan esta otra opción. El objetivo propuesto es evaluar las relaciones subyacentes que motivan una u otra forma de participación, en el sentido de conocer sobre qué actitudes se apoyan y se diferencian las dos formas de participación imaginadas. Desde este punto de vista no entramos a valorar el problema de la participación desde su supuesto declive o desde su transformación práctica. En este sentido, vamos a presuponer que ambas formas de participación concurren simultáneamente, evaluando tanto la relación entre ellas, como la base empírica en la que se sostienen por separado. Pensamos que llevando el debate a este escenario se puede hacer más comprensible el fenómeno participativo, pues como veremos éste no se presenta como un juego de suma cero, aunque sí podemos distinguir actitudes políticas distintas.

Para la aproximación empírica a la realidad de la participación ciudadana objeto de este texto hemos utilizado un método de análisis multivariante conocido como modelado de ecuaciones estructurales (SEM), utilizando para ello la herramienta estadística LISREL, que consiste en una técnica estadística multivariante utilizada habitualmente para estudiar y analizar las relaciones de dependencia que se establecen entre las variables que forman parte en un proceso social. Una de las principales ventajas en el uso de esta técnica frente a otras técnicas de análisis multivariante es la posibilidad de analizar relaciones múltiples entre subconjuntos de variables, a la vez que nos permite introducir en el análisis conceptos teóricos o variables latentes, de tal modo que podemos plantear una estructura relacional empírica dentro del contexto de nuestra propuesta teórico explicativa, en nuestro caso las dos formas de participación. El modelo propuesto intenta evaluar así cómo se relaciona y contrasta nuestra propuesta teórica con los datos de los dos modelos específicos de participación que exponemos. La información estadística a partir de la cual realizamos el análisis procede de la segunda Encuesta Social Europea (ESS) para el caso de España (2005); por tanto, no podemos hablar de un modelo general. Más bien, vamos a contrastar nuestra propuesta teórica con el objetivo de abrir nuevos interrogantes que nos permitan avanzar en el estudio de la participación ciudadana.

DOS MODELOS DE PARTICIPACIÓN

Nuestra propuesta teórica es valorar qué actitudes sustentan dos modelos concretos de participación. Para ello hemos sintetizado dos formas heterogéneas que, cada una por su

lado, podemos encontrar como fondo de concepciones teóricas enfrentadas. A pesar de los peligros de caer en una simplificación, pensamos que ambos modelos pueden retratar genéricamente dos tendencias que intuitivamente están presentes en las discusiones acerca de la participación y, por extensión, acerca de la democracia.

Las dos formas de participación son, por un lado, la que hemos denominado “participación individual institucionalizada”, mediante la cual queremos expresar aquella forma de participación que habitualmente se desarrolla dentro de cauces de participación diseñados institucionalmente. Este tipo de acción participativa es semejante a lo que en otros estudios se ha dado en llamar formas convencionales de participación y que tiene que ver más con las asociaciones y el uso de canales formales de participación. En segundo lugar hablaremos de “participación individual no institucionalizada”, lo que en otros ámbitos se conoce como formas de participación no convencional y que cuentan por participación la habitualmente desarrollada al margen de los espacios previstos para ella desde las instituciones. Cada una de estas dos formas de participación puede ser imaginada a partir de una serie de acciones que en este caso, para nosotros, constituirán variables latentes que quedarán representadas a partir de una serie de indicadores extraídos de la Encuesta Social Europea (ESS). En esta encuesta encontramos un amplio bloque temático destinado al estudio de la participación ciudadana y política, en el que se integran una serie de preguntas planteadas con el fin de conocer si, en los últimos doce meses, los encuestados han llevado a cabo determinadas acciones en el campo de la actividad sociopolítica.

Los indicadores de la variable latente de la primera forma de participación que hemos considerado (participación institucional) tienen que ver con acciones que comportan el contacto con organizaciones sociales, organizaciones políticas o con la Administración Pública, contactos que casi siempre tienen lugar dentro de los cauces y los canales de participación diseñados institucionalmente. Así, para dar cuenta de aquélla hemos incluido las respuestas que hacen referencia a la interacción de los individuos con los políticos o con la Administración (“En los últimos doce meses, ¿se ha puesto usted en contacto con un político, o con una autoridad o funcionario estatal, autonómico o local?”) y las respuestas a los contactos establecidos con el mundo asociativo formal (“En los últimos doce meses, ¿ha colaborado usted con alguna organización o asociación?”).

Los indicadores de la otra variable latente (participación individual no institucionalizada) tienen que ver, en cambio, con acciones desarrolladas al margen de una práctica regulada institucionalmente. Para el estudio de esta forma de participación hemos escogido como indicadores los tres tipos de acciones que se muestran más significativos para el caso español en términos de frecuencias a partir de los datos de la ESS: la adhesión de los individuos a determinados procesos a través de las firmas de apoyo a éstos (“En los últimos doce meses, ¿ha firmado alguna petición en una campaña de recogida de firmas?”), el acudir a manifestaciones (“En los últimos doce meses, ¿ha participado en manifestaciones autorizadas?”) y, finalmente, a la modificación en los hábitos de consumo por razones no económicas (“En los últimos doce meses, ¿ha boicoteado o dejado de utilizar ciertos productos por motivos políticos, éticos o medioambientales?”).

Teniendo en cuenta ambos modelos vamos a estudiar el contexto actitudinal que apoya uno u otro, con el objeto de observar diferencias empíricas que nos permita valorar las relaciones de las actividades participativas con unas u otras predisposiciones. Antes de entrar a exponer el modelo estadístico desarrollado, vamos a ver las frecuencias registradas en la ESS para las actividades participativas mencionadas anteriormente. En tanto en cuanto nuestro propósito no es analizar si se participa más o menos, sino estudiar el contexto actitudinal que apoya a cada uno de los dos modelos de participación, nos parece significativo mostrar las frecuencias de la participación con relación al grado de asociacionismo de los individuos. Con el grado de asociacionismo del individuo nos podemos imaginar un perfil sociológico determinado, asociándolo a una de las dos formas de participación contempladas. Es habitual imaginar que el individuo asociado esté más cerca de la forma convencional de participar, mientras que el no asociado a formas menos convencionales. Los grados de asociacionismo que mostramos vienen recogidos por cuatro categorías empleadas en la ESS para diferenciar el grado de vinculación con las asociaciones: 1) los que “no son miembros de ninguna asociación”; 2) los que “no son miembros, pero participan en actividades de las asociaciones”; 3) los que son “miembros de asociaciones, pero no participan en actividades” de éstas; y 4) los que son “miembros de asociaciones y participan en sus actividades”. Los resultados obtenidos nos ofrecen en detalle que proporción de individuos, de acuerdo a su nivel de asociacionismo, realizan unas u otras actividades (tabla 1).

Los resultados son inapelables al considerar qué perfil de individuos se implican más en las actividades de participación que nosotros hemos considerado institucionalizadas. La mayoría son individuos que afirman ser miembros de asociaciones que participan en sus actividades. Muy lejos queda el resto. No obstante, se puede señalar un dato relevante para nuestro estudio, que más tarde puede ayudar a comprender las relaciones entre las dos formas de participación sugeridas. Tanto los individuos que dicen no pertenecer a las asociaciones (ni participar en sus actividades), como los que dicen ser miembros de las asociaciones (pero no participan en sus actividades), parecen implicarse por igual en las actividades de participación institucionalizadas, cuando intuitivamente podríamos esperar que los segundos tuvieran proporcionalmente más peso.

Respecto a las actividades que hemos considerado que proyectan una participación no institucionalizada, los resultados no son tan claros, aunque nos ofrecen una tendencia sugerente. Los individuos que dicen que son “miembros de asociaciones y participan en sus actividades” se implican más que ningún otro perfil en las manifestaciones o la firma de peticiones en campañas. No obstante, la diferencia con los segundos (los que “no son miembros ni participan en las asociaciones”) es mínima. Estos últimos sólo parecen implicarse más a la hora de boicotear ciertos productos por razones no económicas. Si las diferencias al realizar actividades participativas no institucionalizadas no son muy significativas entre dos perfiles que *a priori* podría proyectarlas, tampoco encontraremos grandes diferencias respecto a los que realizan dichas actividades, pero dicen que son “miembros de asociaciones que no participan

en sus actividades". El único grupo que presenta grados pequeños de implicación en las actividades no convencionales es el de los que "no son miembros, pero participan en las actividades de las asociaciones". Podemos pensar, entonces, que la acción participativa no institucionalizada está muy repartida entre los diferentes perfiles de participación, teniendo en cuenta las diferencias de implicación entre, al menos, tres de los cuatro perfiles contemplados.

Como se puede observar en el tabla 1, las diferentes actividades que hemos englobado en cada una de las dos formas de participación son realizadas por individuos con perfiles de participación distintos. Sin embargo, nuestro propósito es explicar las actitudes que apoyan a un individuo a realizar una u otra actividad, por tanto, a pesar de que podemos encontrar perfiles de individuos implicados en todas las actividades, vamos a indagar en las actitudes que llevan a un individuo a inclinarse significativamente por una forma u otra de participación. No obstante, podemos señalar ya una cuestión, que será vertebral en la interpretación de los resultados. Las diferentes formas de participación no parecen responder a una división clara en el perfil de los individuos, por tanto, podemos suponer que para estos todas las actividades son medios hábiles para emprender una acción participativa, más allá de que algunos perfiles se inclinen más hacia unas actividades que a otras.

Antes de continuar con el análisis vamos a conocer primero si nuestra manera de entender ambas formas de participación son operativas empíricamente y, por tanto, son susceptibles de diferenciarse. Puestas a prueba conjuntamente en el modelo estadístico creado, las cinco actividades consideradas nos permiten ciertamente evaluar las dos formas que estudiamos de la participación sociopolítica como fenómenos diferenciados, representando dos variables latentes (endógenas) sobre las que posteriormente exploraremos relaciones explicativas a partir de actitudes en el ámbito participativo. A continuación reproducimos en la figura nº 1 el ajuste empírico de los modelos de medición para estas dos variables, el cual nos confirma la posibilidad de utilizarlas en el análisis².

Las actitudes participativas

Mediante las actitudes de los individuos solemos imaginar las motivaciones que estos tienen para llevar a cabo una acción o, al menos, se piensa que tras las actitudes podemos hablar de la probabilidad que un individuo tiene de realizar unas u otras actividades. Por

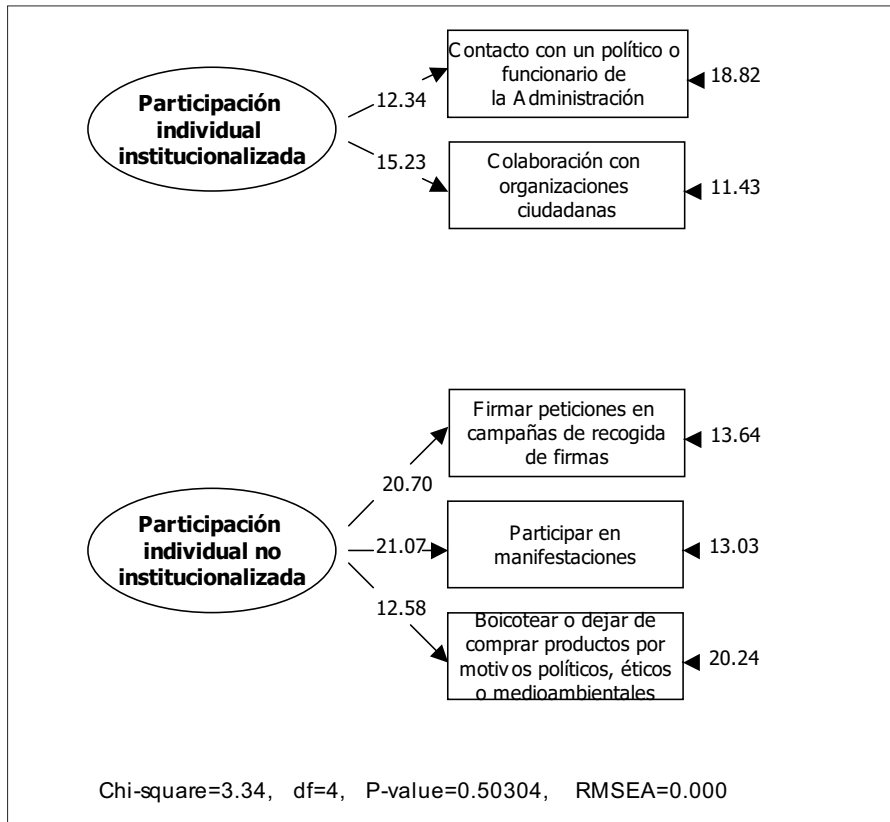
² La magnitud de Chi-cuadrado en el modelo propuesto es bajo (3.34), y se halla equilibrado con los grados de libertad (4). Presenta además un P-value de 0.50304 (se consideran aceptables valores superiores a 0.05) y el valor de RMSEA (Root Mean Square of Approximation) es igual a 0, considerándose ajustes adecuados valores inferiores a 0.05. Podemos apreciar también cómo en el diagrama las pruebas t para cada una de las cargas de las variables indicadoras presentan coeficientes significativamente distintos de cero. Por tanto, podemos concluir afirmando que el ajuste del modelo de medición es correcto y que establece la pertinencia de la utilización de estas variables en nuestro análisis.

Tabla 1.
Realización de actividades de participación por grado de asociacionismo

Acciones participativas		Grado de asociacionismo y participación asociativa de los individuos				Total
		No son miembros de asociaciones ni participan en actividades de éstas	No son miembros de asociaciones, pero participan en actividades de éstas	Son miembros de asociaciones, pero no participan en actividades de éstas	Son miembros de asociaciones y participan en actividades de éstas	
Participación individual institucionalizada	Se ha puesto en contacto con una autoridad o funcionario estatal, autonómico o local en los últimos doce meses	26,13 %	12,56 %	23,11 %	38,20 %	100 %
	Ha colaborado con un partido político o una plataforma ciudadana en los últimos doce meses	23,23 %	13,13 %	15,15 %	48,49 %	100 %
	Ha colaborado con alguna otra organización o asociación en los últimos doce meses	20,48 %	12,45 %	22,89 %	44,18 %	100 %
Participación individual no institucionalizada	Ha firmado peticiones en campañas de recogida de firmas en los últimos doce meses	31,13 %	10,29 %	27,18 %	31,40 %	100 %
	Ha participado en manifestaciones autorizadas en los últimos doce meses	31,75 %	10,22 %	24,45 %	33,58 %	100 %
	Ha boicoteado o dejado de utilizar ciertos productos en los últimos doce meses	33,59 %	9,16 %	30,53 %	26,72 %	100 %
	Ha comprado ciertos productos por motivos políticos, éticos o medioambientales en los últimos doce meses	31,79 %	8,72 %	32,31 %	27,18 %	100 %

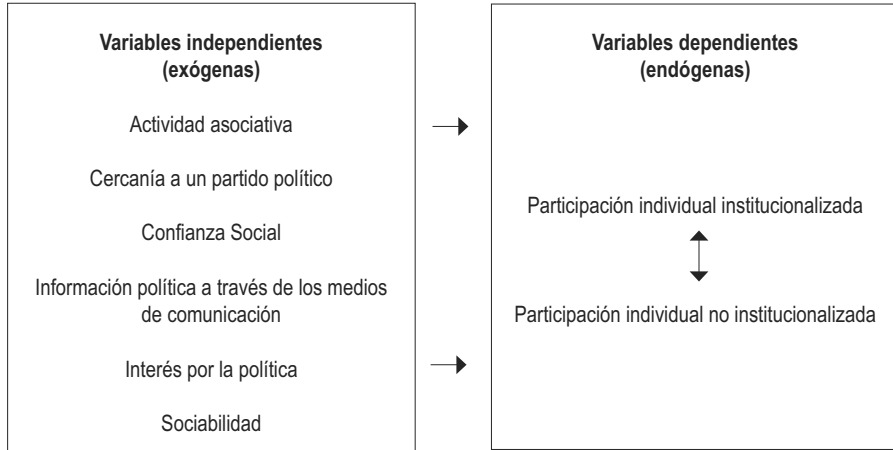
Fuente: ESS (España, 2005).

Figura 1.
 Modelo de medición de las variables endógenas
 (formas de participación individual)



ejemplo, si un individuo dice tener una importante confianza en los demás, esto se suele relacionar con una actitud proclive a realizar actividades participativas. Por el contrario, si un individuo tiene poca confianza hacia el sistema institucional, se suele relacionar con una actitud negativa a participar. En este sentido, nosotros vamos a considerar de qué modo diferentes actitudes se relacionan con las dos formas de participación anteriores, a la espera de poder valorar relaciones de apoyo diferentes para cada una de las dos formas contempladas. Para poder hacerlo procederemos de la misma manera que en el punto anterior, analizando los vínculos significativos que subyacen entre distintas variables que habitualmente se utilizan para describir el marco de participación sociopolítica de los individuos. Estas variables serán exógenas en nuestro estudio y, al igual que pasaba con las variables endógenas, se comportarán como variables latentes, siendo explicadas por

Figura 2.
Orden explicativo de las variables propuestas



indicadores empíricamente significativos. Nos parece conveniente señalar que las variables exógenas de nuestro modelo no son todas las que intuitivamente podríamos imaginar. En el modelo sólo aparecerán aquellas variables que poseen una carga explicativa en términos empíricos, eliminando las variables que en el proceso de testado y ajuste no se han revelado significativas. Variables como la escala de autoubicación ideológica, la valoración de la democracia, la confianza en las instituciones o en los políticos, la comprensión de la esfera política, han sido testadas en el modelo pero no se han mostrado empíricamente relevantes para diferenciar una u otra forma de participación, al menos para el caso español, lo cual también aporta una información valiosa para nuestras conclusiones.

De esta forma, en nuestro esquema de análisis han quedado incluidas las siguientes variables exógenas, a partir de las cuales será significativo comprender las dos formas de participación que queremos explicar: actividad asociativa, cercanía a un partido político, confianza social, información política a través de los medios de comunicación, interés por la política y sociabilidad. Esto significa que son estas variables las que de un modo más significativo se relacionan con ambas formas de participación. En la figura 2 se muestra el orden explicativo de las variables que proponemos en nuestro análisis.

La primera variable exógena latente del modelo la hemos denominado “actividad asociativa”. Las variables indicadoras, empíricamente significativas, han sido dos. La primera hace referencia a aquellos individuos que afirman participar en actividades realizadas por las asociaciones, independientemente sean estos miembros o no de algún colectivo. La segunda variable hace referencia a aquellos individuos que realizan trabajo voluntario en el seno de colectivos sociales. En este sentido, la membresía a asociaciones como indicador en nuestro análisis no diferencia necesariamente ninguna de ambas formas participativas.

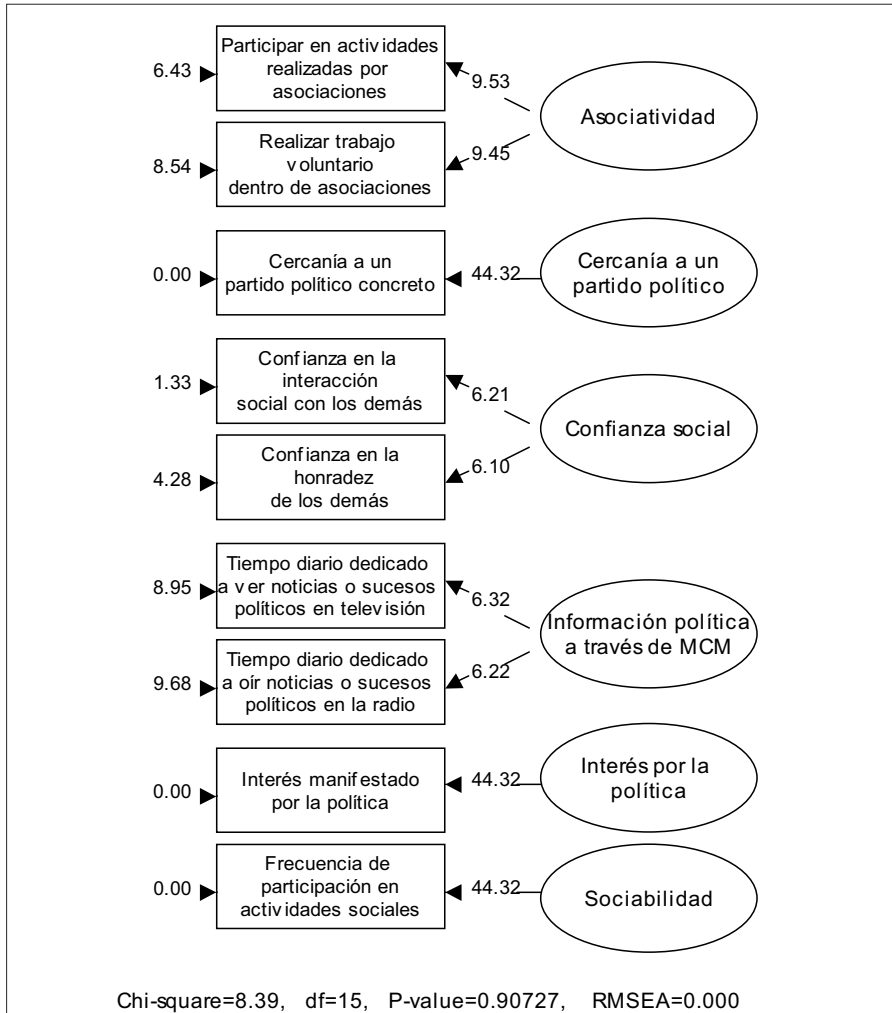
La segunda variable exógena empíricamente significativa ha sido la cercanía de los individuos a un partido político. La variable indicadora no registra con qué partido político concreto establece la cercanía el individuo, sino si existe algún grupo político al que se siente más vinculado (la pregunta concreta del cuestionario es la siguiente: “¿Hay algún partido político al que usted se siente más cercano que a los demás?”). En el mismo sentido, el interés que los individuos manifiestan tener por la política es otra de las variables con carga explicativa en nuestro análisis, cuyo indicador es representado por la pregunta: “¿En qué medida diría usted que le interesa la política?”.

Otra variable exógena significativa que emerge en el modelo es la “confianza social”. Las variables indicadoras de la confianza social procederán de dos cuestiones empleadas habitualmente en los cuestionarios y que en la ESS aparece formulada de la siguiente manera: “¿Diría usted que, por lo general, se puede confiar en la gente o que nunca se es lo bastante prudente en el trato con los demás?”, y “¿Cree que la mayoría de la gente intentaría aprovecharse de usted si pudiera o que sería honrada con usted?”. Ambas preguntas miden la confianza en los extraños, las actitudes hacia otros grupos que no le son cercanos a los individuos entrevistados, por lo que constituyen indicadores de lo que se entiende es la confianza generalizada, más que de la confianza particularizada (Uslander, 2000). Las dos preguntas pueden ser interpretadas, siguiendo a Putnam (2000), como la estimación de los ciudadanos respecto a la fiabilidad de la sociedad que les rodea. Nos parece importante resaltar que cuando hablamos de confianza social estamos haciendo referencia, entonces, a la confianza interpersonal u horizontal entre ciudadanos y no a la confianza de los ciudadanos sobre las instituciones políticas o los partidos políticos, la cual no se ha expresado significativa empíricamente en nuestro estudio.

Otra de las variables exógenas destinada a explicar las formas de participación individual será el tiempo que los individuos destinan a informarse de temas políticos a través de los medios de comunicación de masas. Esta variable suele interpretarse del modo que entendamos que cuanto más y mejor informados estén los individuos, mayor será su implicación en alguna forma de participación. Para la representación de esta variable los dos indicadores con carga significativa que la representan hacen referencia al tiempo dedicado por los individuos a consumir información política y social en los medios de comunicación de masas, tanto en la televisión (“En un día laborable, del tiempo que dedica a ver la televisión, ¿cuánto tiempo pasa normalmente viendo informativos u otros programas sobre política y actualidad?”), como en la radio (“En un día laborable, del tiempo que dedica a escuchar la radio, ¿cuánto tiempo pasa normalmente escuchando informativos u otros programas sobre política y actualidad?”).

Finalmente, la última variable relativa al ámbito de la participación sociopolítica que contempla el modelo es la que hemos denominado “sociabilidad”. Por ella entenderemos acciones que se apoyan en el contacto interpersonal. Sin embargo, bajo esta variable no presuponemos la interacción dentro de una asociación, sino fuera de ella. El indicador utilizado para esta variable es la interacción directa de los individuos, cara a cara, en las redes sociales cotidianas e informales. Pregunta formulada en la ESS de la siguiente manera: “¿Con qué frecuencia se reúne en su tiempo libre con amigos, familiares o

Figura 3.
Modelo de medición de las variables exógenas



compañeros de trabajo?”. El conjunto de las variables latentes exógenas y sus variables observables indicadores muestran un ajuste empírico correcto, como podemos ver en el modelo de medición resultante³, ver la figura 3.

³ Al igual que en el caso de las variables endógenas, el modelo de medición de las variables exógenas ajusta empíricamente. En lo que hace referencia a los estadísticos de ajuste global, el modelo posee un Chi-

CÓMO Y QUIÉN PARTICIPA

El modelo que proponemos, como ya hemos comentado, posee una vocación evaluativa sobre las actitudes que reflejan mejor una u otra forma de participación. En este sentido, nuestro estudio plantea las relaciones que se muestran significativas empíricamente entre las variables en juego, siguiendo una lógica más inductiva que deductiva, aunque a partir del manejo y la disposición de la hipótesis previa de trabajo y, en consecuencia, a partir de establecer un orden explicativo entre las variables. El modelo estructural lo compone el conjunto de las variables latentes, tanto endógenas como exógenas, y las relaciones que resultan entre ellas, mediante las cuales podremos observar vínculos de dependencia entre unas y otras. De este modo procedemos a mostrar los resultados y las relaciones entre las actitudes relevantes empíricamente y las dos formas de participación.

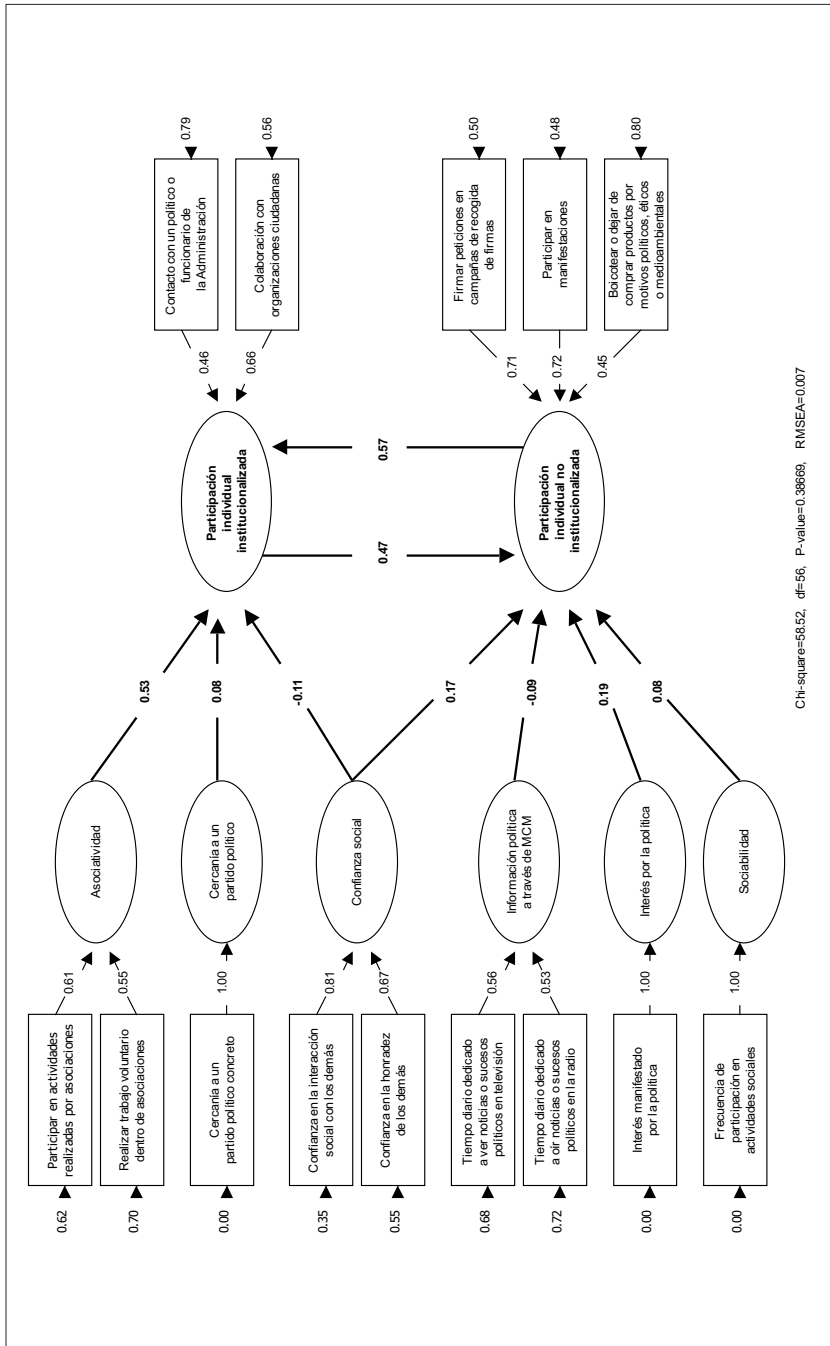
La primera cuestión a señalar en el modelo de participación generado (figura nº 4) es su carácter no recursivo, lo que significa que las dos formas de participación individual que planteamos (participación institucionalizada y no institucionalizada) mantienen una relación recíproca, es decir, resultan dos formas de participación en algún sentido complementarias o que se retroalimentan mutuamente. No obstante, cada uno de los dos modelos de participación se apoya en actitudes diferentes, lo que nos permite presuponer que distintas actitudes reflejan mejor unas formas de participación que otras, ofreciéndonos una información valiosa para conocer mejor las relaciones que dan coherencia empírica a uno u otro modelo de participación. A continuación presentamos el diagrama general del modelo y la evaluación de su ajuste empírico que, si es adecuado, nos permitirá establecer algunas conclusiones.

Valoración del modelo

El proceso de validación del modelo lo hemos realizado a partir de diferentes fuentes. En el trabajo presentamos dos de ellas, dejando de lado las ecuaciones estructurales que por su complejidad hemos creído conveniente no incluir, aunque no podemos dejar de expresar el amplio porcentaje de la varianza explicada que resulta de ellas: la ecuación relativa a la participación individual institucionalizada explicaría a través de este modelo el 93% de la varianza de esta variable y la ecuación referente a la participación individual no institucionalizada ofrecería la explicación de un 65% del total de la varianza de dicha variable, resultados ambos que nos permiten valorar positivamente el ajuste empírico del modelo y la validez de la hipótesis de trabajo que venimos planteando a lo largo del texto.

cuadrado bajo (8.39), un P-value muy alto (0.90727) y un RMSEA equivalente a 0, lo que nos indica un buen ajuste. De la misma forma, en el diagrama los valores t de las cargas presentan magnitudes significativamente distintas de 0. Los resultados del ajuste del modelo de medición nos permiten por lo tanto integrar estas variables exógenas en el modelo estructural, que es el que nos ocupará en adelante.

Figura 4.
Modelo de participación social individual en e ámbito sociopolítico



Chi-square=58.52, df=56, P-value=0.38669, RMSEA=0.007

Presentamos a continuación los índices globales de bondad de ajuste del modelo con el fin de mostrar diferentes estadísticos que nos cercioran la validez empírica de nuestra propuesta. Y, por último, vamos a presentar el examen de la significación de los coeficientes de los diagramas de la figura 4, que nos ayuden a evaluar, de una forma gráfica, las relaciones de dependencia entre las variables que forman parte del modelo (Ping, 2004).

a) Índices de ajuste

Los índices de ajuste más habituales que se utilizan para la validación de modelos son los siguientes: Chi-square, grados de libertad (*degrees of freedom*), RMSEA (*Root Mean Square Error of Approximation*) y *p*-Value (Alaminos 2004, 2005). El Chi-cuadrado es una medida de ajuste global del modelo sobre los datos. La magnitud del chi-square es de 58.52 y el de los grados de libertad es igual a 56, lo que nos indica un buen ajuste. Los test estadísticos basados en Chi-cuadrado son muy sensibles a errores pequeños en el caso de muestras grandes. En nuestro análisis trabajamos con una muestra apreciable (983 casos), pero en cualquier caso, dada la sensibilidad que esta medida tiene con respecto al tamaño muestral, muchos investigadores han propuesto toda una variedad de índices para evaluar el ajuste de los modelos. Todas las medidas de bondad de ajuste son funciones de Chi-cuadrado y de los grados de libertad, y muchos de estos índices no solo consideran el ajuste del modelo, sino también su simplicidad (Hox y Bechger, 1998).

Jöreskog y Sörbom, creadores del programa LISREL, que es el que hemos utilizado para la realización del modelo, recomiendan también el uso de dos índices de bondad de ajuste llamados GFI (*Goodness of Fit Index*) y AGFI (*Adjusted Goodness of Fit Index*) (Jöreskog y Sörbom, 1989). Rex Kline (1998), en la valoración de ajustes de modelos estructurales, recomiendan además la lectura de los resultados de otros tres tests estadísticos: NFI (*Normed Fit Index*), NNFI (*Non Normed Fit Index*) y SRMR (*Standardized Root Mean Square Residual*). En el siguiente cuadro podemos ver los resultados de todos estos índices para el modelo propuesto.

Como se puede observar, los índices de ajuste poseen valores dentro de los márgenes asumidos como aceptables. Las pruebas de ajuste muestran un RMSEA muy bajo (0.0066), así como una probabilidad muy superior a 0.05 ($p = 0.38669$), lo que nos indica que el modelo que proponemos ajusta correctamente sobre los datos.

b) Coeficientes de relaciones en el diagrama

La lectura de los diagramas nos puede ser de mucha utilidad para describir y evaluar las relaciones de dependencia que se establecen entre las variables. En el diagrama que presentamos, que se ofrece en su solución estandarizada (figura 3), podemos distinguir entre el modelo estructural (compuesto por las variables latentes y sus relaciones) y los modelos de medición (los sistemas de variables indicadoras para cada una de las variables latentes).

Los modelos de medición referidos a las variables latentes siguen mostrando un

Tabla 2.
Coefficientes de bondad de ajuste

Estadísticos	Variación	Valores recomendables	Valores del modelo
RMSEA		< 0,05	0,0066
p- Value	0 – 1	> 0,05	0,38669
GFI	0 – 1	> 0,90	0,99
AGFI	0 – 1	> 0,90	0,98
NFI	0 – 1	> 0,80	0,98
NNFI	0 – 1	> 0,95	1,00
SRMR		Valores cercanos a 0	0,018

Fuente. Elaboración propia.

ajuste empírico correcto, manteniendo en conjunto una carga explicativa importante sobre las variables indicadoras, y expresando por lo tanto una medición adecuada de las variables latentes que las generan. De este modo, la variable latente “confianza social” muestra cargas apreciables sobre todo en las variables indicadoras de “confianza en la interacción con los demás” (0,81) y, en menor medida, de la confianza en lo que hemos llamado la honradez (0,67), lo que parece indicar que representa mejor el concepto de confianza social la vertiente expresiva de la interacción, donde el individuo pone en juego su propia subjetividad, quedando relegadas a un segundo lugar las expectativas respecto a la reciprocidad en la respuesta de los otros. La variable “asociatividad” es explicada significativamente por las dos variables indicadoras mencionadas: la participación en actividades realizadas por asociaciones y el desarrollo de trabajo voluntario dentro de las asociaciones (0,61 y 0,55 respectivamente), siendo superior la primera. Para la variable “información política a través de los medios de comunicación” hallamos también cargas similares y significativas sobre las indicadoras. El resto de variables exógenas se apoyan en un solo indicador, comportándose correctamente en el ajuste global del modelo. En lo referente a los modelos de medición de las variables endógenas, para el caso de la “participación individual institucionalizada” el mejor indicador lo constituye la colaboración con organizaciones ciudadanas (0,66), generando una menor representación el contacto con políticos o funcionarios de la administración (0,45). Finalmente, para la variable “participación individual no institucionalizada” el conjunto de indicadores se muestra también significativo y ajustado, representado mejor por la firma de peticiones en campaña de recogida de firmas (0,71) y la participación en manifestaciones (0,72); en último lugar por boicotear o dejar de comprar productos por motivos políticos, éticos o medioambientales (0,45).

Respecto al modelo estructural, representado por las relaciones entre las variables latentes, el primer resultado a considerar es la no recursividad del modelo. Existe, en este sentido, una relación recíproca entre las variables endógenas, entre la participación institucionalizada y la no institucionalizada (con un coeficiente estandarizado de 0,47)

y viceversa (coeficiente de 0,57), lo que se puede interpretar como que entre ambas formas de participación existe un refuerzo mutuo. Esto nos sugiere ver las dos formas de participación como complementarias, de modo que el desarrollo de conductas no institucionalizadas facilitarían el desarrollo de conductas institucionalizadas de participación y de la misma forma acciones convencionales reforzarían la predisposición de los individuos a llevar a cabo acciones no convencionales.

Respecto a las actitudes participativas vemos cómo la participación individual institucionalizada se relaciona positivamente con la asociatividad (0,53) y la cercanía a un partido político (0,08), las cuales actuarían como variables causa y, por lo tanto, con una coordinación estadística en el mismo sentido. Esto significaría que conforme aumentara el rango de las variables exógenas, lo haría el de la variable endógena, es decir, que cuanto mayor fuera la actividad asociativa de los individuos y cuanto más cercanía sintieran estos hacia un partido político, más probable sería reflejar las formas institucionalizadas de participación individual que la otra forma de participación. En nuestro estudio encontramos un sentido inverso de la relación de esta variable con la confianza social (-0,11), lo cual significaría que la participación institucionalizada es inversa (y no directamente proporcional) a la confianza, es decir, que podríamos entender que conforme desciende la confianza social de los individuos, mejor damos cuenta de las formas convencionales de participación. El resto de variables exógenas no se han mostrado significativas empíricamente en la explicación de las conductas individuales de participación institucionalizada, aunque sí respecto a la no institucionalizada.

La otra variable endógena del modelo, la participación individual no institucionalizada, recibe cargas explicativas positivas de tres variables. En primer lugar, esta forma podría ser explicada teniendo en cuenta la confianza social (0,17), lo que nos indicaría que un incremento de la confianza de los individuos en la sociedad que les rodea facilitarían prácticas participativas mediante canales al margen del marco institucional diseñado para la participación. En segundo lugar, tiene una relación positiva con el interés por la política (0,19). Esta relación plantea que a mayor interés de los individuos por la política, mayor probabilidad encontraremos de encontrar formas no convencionales de participación. La tercera relación explicativa que recibe la participación individual no institucionalizada proviene de la variable "sociabilidad" (0,08). Su importancia respecto a las prácticas participativas nos desvela la relevancia que tiene sobre la participación la interacción interpersonal en las redes sociales, pero en este caso no hacia formas regladas de participación, sino hacia prácticas no convencionales. Todo ello contribuye a entender que cuanto mayor sea la frecuencia de participación en actividades sociales por parte de los individuos, mayor será la inclinación de estos a realizar actividades no institucionalizadas de participación.

La única relación de signo negativo que presenta la participación no institucionalizada es la que vincula esa forma de participación con la "información política a través de los medios de comunicación", lo que nos puede dar una idea de que la política entendida en los términos dados por los medios de comunicación no resulta una variable determinante en la práctica participativa no convencional.

Un esbozo sobre la participación

Una vez vistas las relaciones que emergen del modelo, comprobada su validez empírica y descrita la coordinación estadística de los mecanismos causales subyacentes, vamos a tratar de comprender, con todas las cautelas propias del uso de estas herramientas, algunas de las cuestiones que emergen sobre la participación en España de acuerdo a los resultados de nuestro estudio.

La cuestión más relevante para nosotros es el resultado global del modelo. Según podemos apreciar, las dos formas distintas de participación se pueden considerar complementarias. Podríamos pensar, así, que la ciudadanía que toma parte en acciones convencionales de participación tiene una mayor probabilidad de implicarse también en acciones no convencionales y viceversa. Este resultado nos permite concebir las formas de participación más allá de una dicotomía simple, según la cual el individuo escogería entre unas formas de acción desechando otras. Habitados a describir escenarios de participación más rígidos, la complementariedad dibujaría un escenario participativo más complejo, que nos dice que, a pesar de que encontremos perfiles actitudinales diferentes, las distintas actividades participativas son para el ciudadano formas compatibles de intervenir en el espacio público. Los coeficientes estandarizados que presenta el *output* del modelo (0,47 y 0,57) nos indican este refuerzo mutuo, por tanto, podemos pensar que más allá de que ambas formas de participación sean diferentes, la ciudadanía puede imaginar que todas las actividades contempladas son formas distintas de participar, pero no formas excluyentes.

Hasta ahora las actividades participativas no convencionales se han considerado canales propios de un perfil de ciudadano lejano a aquél que utilizaba canales convencionales. En este sentido, que una persona adoptara una posición crítica en el supermercado, dejando de comprar determinados productos, no decía nada sobre su predisposición a acercarse al Ayuntamiento para canalizar una crítica, queja o sugerencia. Partiendo de este escenario, la actividad no convencional se ha interpretado como expresión de descontento hacia las formas tradicionales tanto de la participación como de la vida política, lo cual presentaba ambos modelos de participación como actividades hasta cierto punto contrarias. Ciertamente, puede que algo de contestataria tenga la actividad no convencional, sin embargo, podemos pensar también que la preocupación del individuo para dejar de comprar productos por razones no económicas exprese una actitud crítica racionalmente motivada, la cual lleva a efecto el individuo en su decisión de compra. Desde aquí, pensar que esa persona puede canalizar su actitud crítica también por otros medios es algo que podemos imaginar, siempre y cuando, seguramente, tales actividades cumplan los requisitos racionales del individuo, entre los cuales se podrá contemplar la relación más directa de la actividad con el fin a perseguir, característica generalmente atribuida a las actividades participativas no convencionales. El camino inverso es igualmente imaginable. Si un individuo colabora con una asociación, podemos pensar que la realización de actividades no convencionales pueda ser considerada como otra forma de llevar a cabo un interés, quizá, de forma más difusa para él, pero en cualquier caso como una actividad participativa.

La complementariedad de ambas formas de participación nos permite mirar la participación ciudadana desde otro ángulo, prestando atención al abanico de actividades que podemos considerar como participativas, en lugar de mirarla a partir de perfiles bien delimitados o sujetos férreamente vinculados a una identidad. Todas las actividades se van a apoyar, como hemos visto, en predisposiciones actitudinales diferentes, pero desde el punto de vista del individuo no dejarían de ser actividades, en su conjunto, participativas. Desde este otro ángulo, apreciamos la importancia que adquieren los diferentes medios de participación para los individuos, lo cual acentúa la importancia que las nuevas formas participativas (las no convencionales) han adquirido en las sociedades contemporáneas como instrumentos válidos de acción. Si esto fuera así, podríamos pensar que cada vez más la participación ciudadana tiene que ver con objetivos y formas de intervención pública, antes que con predisposiciones actitudinales preestablecidas.

El modelo elaborado nos permite, no obstante, hablar de diferencias entre una u otra forma de participación, entendiéndolo por ello que ambas formas se relacionan con actitudes sociopolíticas diferentes. Esto significaría que, más allá de que las formas analizadas se puedan entender como complementarias, hay actitudes que nos pueden ayudar a comprender mejor una u otra actividad participativa. Sin querer, ni poder, establecer diferencias sustancialistas entre ellas, los resultados nos ofrecen, en definitiva, información para comprender mejor los contextos actitudinales que podemos esperar de cada una de ellas, lo cual puede ayudarnos a comprender el sentido que cada una de las formas de participación puede tener en el escenario contemporáneo.

En este sentido, hay que señalar el resultado que en principio puede aparecer como más contraintuitivo: la orientación actitudinal de los individuos hacia la política. El desinterés generalizado por la política, que a menudo se ha explicado como consecuencia del proceso de individualización moderno, se ha presentado como el reflejo de una progresiva desorganización de los individuos y, por ende, de la creciente desafección de la ciudadanía hacia la política, lo público y los canales de participación institucionalizados. En tanto en cuanto las actividades no convencionales se han vinculado a un espíritu individualista, su emergencia ha expresado, para muchos, el deterioro en la implicación pública y el bienestar cívico de la democracia. Sin embargo, esas relaciones no parecen caer bien al examen de los datos que hacemos. Por ejemplo, mientras que el interés por la política no parece ser una actitud significativa para apoyar las actividades convencionales, tales como el asociacionismo, en nuestro modelo es, precisamente, un buen indicador de las actividades no convencionales, lo cual no parece relacionar estas prácticas a un proceso de desafección, sino al contrario. Cuanto mayor interés por la política diga manifestar el individuo, será probable esperar una mayor implicación de aquél en actividades participativas no convencionales. El interés por la política pareciera así motivar una actividad no convencional y no tanto una actividad entendida en términos institucionalizados.

Entendiendo la reciprocidad de ambas formas de participación, tendremos que entender entonces que desde la práctica no institucionalizada el interés por la política revierte sobre la participación ciudadana en general, aunque, a bien seguro, nos será de utilidad no perder de vista que son precisamente las actividades no convencionales

desde las que tiene mayor sentido hacerlo y no a partir de las actividades habituales al colaborar con asociaciones. Respecto a estas últimas, el interés por la política es una variable inocua o, mejor dicho, la participación institucionalizada se puede explicar bien sin hacer mención al interés que sus protagonistas tienen por la política.

Mucho se ha escrito sobre el beneficio de la actividad asociativa en la vida pública de cualquier comunidad, algo que nosotros no negaremos a priori, considerando además la complementariedad y la reciprocidad de ambas formas de participación. Sin embargo, nosotros pensamos que sí se puede contextualizar el sentido atribuido a las asociaciones a la luz de los resultados obtenidos, con el objetivo de aclarar nudos importantes en el mundo de la participación, así como cuestiones relativas al empeño público por incrementar la democratización sólo a través de medidas fuertemente inclinadas a apoyar el asociacionismo. Ciertamente, la actividad asociativa siempre ha sido para los estudios empíricos un indicador noble de la implicación comunitaria y, hasta cierto punto, ha sido entendida como un indicador del compromiso de la ciudadanía con valores democráticos. Nosotros pensamos que, atendiendo los resultados de nuestro estudio, los valores democráticos (y la desafección habitualmente vinculada a la ausencia de aquéllos) no pueden ser explicados sólo considerando como referencia el mundo asociativo, desde el cual incluso podemos esperar actitudes ambiguas a este respecto, pues en cuanto tenemos en cuenta un contexto actitudinal amplio (las variables exógenas) y su interrelación con las dos formas de participación imaginadas, los elementos que podrían explicar la participación convencional son muy distintos a los habitualmente presupuestos.

En principio, atendiendo datos recientes en España no parece fácil hablar actualmente de un declive real del asociacionismo en la sociedad contemporánea, como han mostrado ya Norris (2001) y Newton (2001) para otros países. En España hay una masa crítica asociativa elevada y cifrada, siguiendo un estudio del CIS del año 2002 (estudio 2450), en algo más del 42% de la ciudadanía. Laura Morales (2005) demuestra empíricamente que la participación en España no ha disminuido, comparando estadísticamente las frecuencias de participación en distintas épocas históricas y entre distintas generaciones. No parece razonable, por tanto, hablar de un contexto de desafección a causa de una menor participación asociativa. Unido a esto, en nuestro estudio se evidencia que el interés por la política y la sociabilidad no se vinculan empíricamente con el asociacionismo, por tanto si la desafección fuera una hipótesis a considerar en toda su magnitud habría entonces que hablar de otras cuestiones o razones para dar cuenta de ella. El problema que nos planteamos aquí tiene que ver con la importancia y, a menudo, la exclusividad que se ha atribuido a las actividades asociativas como variable explicativa de la participación en general y, por extensión, como reflejo (termómetro) del contexto político democrático, lo que ha facilitado realizar generalizaciones analíticas sin argumentos concluyentes. El modelo propuesto aquí muestra, por el contrario, cómo la actividad asociativa contribuye a explicar un tipo de participación en términos individuales (participación institucionalizada), pero que no puede explicar el conjunto de los fenómenos participativos. Existe toda una gama de actividades participativas para las cuales la participación corporativa, desde los colectivos sociales, no se muestra como un elemento explicativo.

El modelo que proponemos sugiere también que para entender la participación individual institucional desempeña un papel relativamente pequeño la confianza social, lo que nos sugeriría revisar el papel que habitualmente ha sido adjudicado a las asociaciones en este sentido, que vuelve a estar emparentado de nuevo a la hipótesis sobre la desafección y a la importancia de las asociaciones como ejes de la vida cívica democrática. Si observamos los resultados del estudio, la confianza social actúa como indicadora de las actividades participativas que tienen lugar fuera de los mecanismos institucionales de participación. En este sentido podríamos preguntarnos acerca de la ecuación que ligaba salud democrática a vigor asociativo, tal y como hacen Delhey y Newton (2002), invirtiendo si acaso la relación, pues si consideramos que ni la confianza social ni el interés por la política ni la sociabilidad son elementos que apoyen con mucha intensidad las actividades participativas convencionales, podemos entender que los valores tradicionales de la democracia, que aludían a la capacidad de ponerse en el lugar del otro, la capacidad para dialogar y argumentar, así como la capacidad para participar con otros, tiene un apoyo más intenso en las otras actitudes, apoyadas en el interés por la política, en la confianza social y la interacción con los demás. Uslaner y Conley (2003) ya expresaron en un estudio sobre confianza social en EE.UU una conclusión semejante afirmando que entre las asociaciones podríamos encontrar una confianza particularizada. Ésta portaría valores (lazos fuertes y excluyentes dentro de la asociación; lazos débiles y desconfianza hacia fuera) distintos de aquellos que habitualmente fueron expresados como propios de una cultura cívica democrática. En el contexto participativo, y siguiendo nuestro modelo, las asociaciones parecieran ofrecer más un referente para ciudadanos con baja confianza social que una fuente para generarla, lo cual refuerza si acaso la idea de que el interés por la política y la sociabilidad explique más actividades de participación no institucionalizadas que las propiamente vinculadas a las asociaciones.

El que pensemos la confianza social relacionada a actividades habitualmente pensadas como no asociativas choca frente a una forma de entender la política muy enraizada en las democracias contemporáneas y, en concreto, en los modelos públicos de participación estimulados por las diferentes administraciones. No obstante, diversos autores ya argumentan que la confianza en la gente debería estar positivamente relacionada con la actividad no convencional, pues la capacidad de confiar en los otros es la que, en definitiva, podría reducir los costes percibidos de ser *no convencional*. Del mismo modo, se argumenta que no debería existir correlación entre la confianza en la gente y las iniciativas ciudadanas basadas en el contacto con la administración (participación institucionalizada), desde el momento en que este tipo de actividades no requieren de la cooperación entre ciudadanos (Bahry y Silver, 1990). Otros estudios empíricos (Uslaner, 2002 y 2004) muestran cómo en muchos países las tendencias de confianza social no se hallan relacionadas con los patrones de participación política convencional.

Nuestro estudio nos permite avanzar en otros problemas, aunque no deja de ser un estudio de caso del que no vamos a obtener modelos generales, sino interrogantes y preguntas que nos permitan avanzar en la investigación sobre la participación y las actitudes alrededor de ella. Por ejemplo, resulta reseñable la relación positiva que existe

Tabla 3.
Perfiles y contexto de la participación

Actividades participativas	Participación individual no institucionalizada	Participación individual institucionalizada
Actitudes	Sociabilidad	
	Confianza social	
	Cercanía a partidos políticos	
	Interés por la política	
	Información política a través de los mass media	

Fuente: Elaboración Propia.

entre la participación institucionalizada y la cercanía a un partido político, en contraste con la relación positiva entre el interés por la política y la participación no institucionalizada. Hay que tener en cuenta que ambas prácticas no tienen relaciones recíprocas, es decir, que la cercanía a un partido político no influye en la participación no institucionalizada y a la inversa. En conjunto, esa doble relación podría considerarse ambigua si entendemos que ambas reflejan, en definitiva, una relación con la política. Sin embargo, teniendo en cuenta el resto de relaciones que hemos avanzado ya o el contexto actitudinal de las dos formas de participación, esta diferencia bien puede reflejar una forma distinta de entender la implicación política. Por un lado, se muestra la vinculación a una política relacionada a los partidos, mientras que, por otro lado, se muestra una vinculación a un término genérico (política) que no necesariamente estará subjetivamente relacionado a los partidos políticos. Si añadimos que junto a la cercanía a un partido político tenemos que contar con una participación que no se apoya en la confianza social y tampoco en los lazos de interacción social en la cotidianidad, podemos argumentar la generación de una actitud política peculiar que, como poco, está lejos del estereotipado análisis realizado en torno a las prácticas de participación convencional y sus implicaciones sobre el escenario democrático.

CONCLUSIONES

Del análisis realizado podemos extraer algunas conclusiones, que lejos de ser definitivas, sí nos permiten abrir interrogantes en torno a los elementos y los conflictos que encontramos a la hora de analizar la participación ciudadana. En primer lugar hay que pensar la relación complementaria entre los diferentes modos de participación analizados, lo cual nos puede ayudar a entender la participación de forma más abierta. Tanto las prácticas convencionales como las prácticas no convencionales que la ciudadanía puede elegir para participar en el espacio público no serían, entonces, formas excluyentes, ofreciendo más posibilidades de acción a la ciudadanía, que formas determinantes (y exclusivas) de acción. Desde este punto de vista podríamos esperar encontrar individuos que llevaran a cabo actividades asociadas a ambas formas de participación.

No obstante, podemos avanzar el contexto actitudinal en el que es probable encontrar a la ciudadanía si ésta participa mediante fórmulas convencionales o no convencionales o, mejor, podemos pensar las implicaciones que traerían de la mano una u otra forma participativa (Tabla 3). De aquí extraemos conclusiones diferenciadas. La participación que sigue cauces institucionales y que puede caracterizarse por aquellos individuos que contactan con representantes públicos y colaboran con asociaciones, parece mostrar una actitud más marcada de baja confianza social y poco interés por la política. Es esperable que también se sientan subjetivamente cercanos a algún partido político y se vean envueltos ellos mismos en una interacción social menor que otros ciudadanos. La participación que sigue cauces no convencionales, que puede caracterizarse por individuos que acuden o acudirían a una manifestación, que boicotearían o dejarían de comprar productos por motivos distintos al precio o firmarían peticiones en campañas públicas, muestran, por el contrario, una actitud más marcada de interés por la política (que no cercanía a los partidos políticos), aunque los canales escogidos para la información política no serían los medios de comunicación de masas. Sin embargo, tales actividades se apoyarían en una mayor confianza social y en una frecuencia más significativa de interacción social en el tiempo libre.

Al contrario de lo que podíamos esperar, las actividades participativas vinculadas a las asociaciones y al uso de los canales institucionalizados parecieran explicar mejor la hipótesis de la desafección política que las actividades no convencionales. Como podemos observar, las actividades convencionales no se apoyan en una actitud tan interesada en la política y tampoco en el diálogo que podríamos esperar de una interacción “cara a cara”, al menos, fuera del círculo de la asociación. Visto así, no se podría rechazar la importancia y la influencia que las actividades no convencionales de participación pudieran tener sobre la democracia, pero no sólo como simples actividades participativas, sino como actividades que portan valores habitualmente tenidos como democráticos. En definitiva, puede que las actividades no convencionales reflejen un mayor vigor democrático, en cuanto podamos imaginar que dichas actividades se vinculan a actitudes como el interés por la política, la sociabilidad o la confianza social.

La importancia de las prácticas no convencionales en el escenario democrático no ha pasado desapercibido para administraciones y organismos internacionales como

la OCDE (2001) o el Comité de Ministros del Consejo de Europa (2001). A la hora de recomendar una profundización democrática estas instituciones señalan la importancia creciente que tales actividades han adquirido en la vida democrática, indicando que todas esas actividades, pensadas a menudo como la base de la desafección, son precisamente el reflejo de una actitud democrática y crítica respecto a los canales de participación existentes. Esto cercioraría las iniciativas que, tímidamente, diferentes administraciones han emprendido dirigidas a formalizar nuevos instrumentos de participación ciudadana basados en un espíritu no convencional, mediante procesos participativos puntuales, abiertos y deliberativos (Stoker, 2001). Los instrumentos no convencionales ofrecen una cobertura participativa a un amplio sector de la ciudadanía que puede participar, pero que a lo mejor no lo hace mediante los canales tradicionales. De aquí habría que considerar un escenario sociopolítico habitado también por formas de participación no reguladas por grupos corporativos, que lejos de resultar extrañas a la política (y a la democracia), parecerían abrazarla en mucho mayor grado que la tradicional participación institucionalizada.

Nuestro análisis nos permite comprender una tendencia del fenómeno de la participación habitualmente oculta y expresada a menudo como una forma puntual de participación. Como tal, las actividades no convencionales se presentaron como actividades disociadas de los valores de la democracia. Sin embargo, en nuestro análisis se puede ver el contexto actitudinal que acompaña tales actividades, desmintiendo las implicaciones negativas que pudiéramos esperar tendrían sobre los escenarios políticos. Las actividades no convencionales parecen plantear una relación más directa con la política, lo cual podría ser interpretado como una crítica a las actividades tradicionales, tal y como reconoce el Comité de Ministros del Consejo de Europa (2001) en un estudio sobre la participación ciudadana en Europa. Iniciativas desarrolladas por las administraciones recientemente tienen en mente la emergencia de una práctica entre la ciudadanía no convencional. Mecanismos como los jurados ciudadanos (Sintomer y Koehl, 2002), los presupuestos participativos (Ganuzo y Álvarez, 2003) o las encuestas deliberativas (Curtain, 2003) ponen en juego, en definitiva, estructuras de participación articuladas en formas que no requieren una organización previa de la ciudadanía. Casi todos estos instrumentos se distinguen por estar orientados a tomar decisiones que afectan al conjunto de la ciudadanía. Se regulan mediante una lógica deliberativa, completamente distinta de la lógica característica del funcionamiento de los canales de participación convencionales en España, basada en la negociación y las subvenciones (Navarro, 1999). En este sentido, pensamos que sería adecuado preguntarse a la hora de promover institucionalmente la implicación de la ciudadanía en lo público, qué instrumentos se pueden y se quieren desplegar para concebir un escenario participativo deseable.

Quedan abiertas por supuesto multitud de vías a través de las cuales alimentar este trabajo que sentimos inconcluso y limitado en el caso de estudio. Ciertamente parece necesario desarrollar instrumentos de medición que contemplen nuevas formas de participación, al tiempo que ampliamos el estudio sobre las actitudes participativas a contextos temporales más amplios. La aplicabilidad de los resultados presentados sugiere la conveniencia de realizar investigaciones con diseños que extiendan el número

de indicadores para los constructos utilizados. Sin embargo, pensamos que las prácticas participativas no convencionales tienen una potencialidad explicativa considerable respecto al desarrollo de la democracia, por lo que seguir explorando en este camino creemos que nos permitirá conocer mejor las relaciones políticas (y democráticas) en las sociedades contemporáneas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ALAMINOS, A. (2004), "Tendencias en ideología política: estructura y contenidos", en Alaminos, A.; Francés, F.; y Santacreu, O. (2005), *Socialización, ideología y participación. Casos prácticos de análisis estructural de covarianzas*, Obets, Alicante.

(2005), *El análisis de la realidad social*, Alicante, Obets.

ALAMINOS, A., F. FRANCÉS Y O. SANTACREU (2005), *Reflexiones teóricas y modelos empíricos sobre identidad, diversidad y participación social*, Alicante, Obets.

BARHY, B. Y B. SILVER (1990), "Soviet citizen participation on the eve of democratization", *American Political Science Review*, vol. 84, pp. 821-848.

BOWLER, S., T. DONOVAN y R. HANNEMAN (2003), "Art for democracy's sake? Group membership and political engagement in Europe", *Journal of Politics*, vol. 65, nº 4, pp. 1111-1129.

COMITÉ DE MINISTROS DEL CONSEJO DE EUROPA (2001), Recomendación (2001) 19: "La participación de los ciudadanos en la vida pública local", ed. Fundació Carles Pi i Sunyer d'Estudis Autnòmics i Locals, 2002. (puede consultarse en www.pisunyer.org)

CURTAIN (2003), "How citizens can take part in developing and implementing public policy" en Canberra, *Bulletin of Public Administration*, junio 2003.

DELHEY, J. y K. NEWTON (2002), *Who trusts? The origin of social trust in seven nations*, WZB Publications. Berlín.

DETH, JAN W. VAN (2001), "The proof of the pudding: social capital, democracy and citizenship", EURESCO Conference *Social capital: interdisciplinary perspectives*, Exeter, UK, 15-20 Septiembre 2001.

GANUZA, E. y C. ÁLVAREZ (coord.) (2003), *Democracia y Presupuestos Participativos*, Barcelona, Icaria.

HOX, J.J. y T.M. BECHGER (1998), "An introduction to structural equation modeling", *Family Science Review*, 11, pp. 354-373.

INGLEHART, R. (1991), *El cambio cultural en las sociedades industriales avanzadas*, CIS, Madrid.

(1997), *Modernization and Postmodernization: Cultural, economic and political change in 43 societies*, Princeton, Princeton University Press.

JÖRESKOG, K.G. y D. SÖRBOM (1989), *Lisrel 7: A guide to the program and applications*, Chicago, SPSS.

- KLIN, R. B. (1998), *Principles and Practice of Structural Equation Modeling*, Nueva York, Guilford Press.
- MORALES, L. (2005), "¿Existe una crisis participativa? La evolución de la participación política y el asociacionismo en España", *RECP*, nº13, octubre 2005, pp. 51-87.
- NAVARRO, C. (1999), *El sesgo participativo*, CSIC, Madrid.
- NEWTON, K. (2001), "Social trust and political disaffection: social capital and democracy", *EURESCO Conference on Social Capital: Interdisciplinary Perspectives*, Exeter, 15-20 september 2001.
- NORRIS, P. (2001), "Making democracies work: social capital and civic engagement in 47 societies", *EURESCO Conference Social capital: interdisciplinary perspectives*, Exeter, UK, 15-20 Septiembre 2001.
- OCDE (2001), *Citizens as partners. Information, consultation and public participation in policy-making*, OCDE, Paris.
- PING, R.A. (2004), *Testing Latent Variable Models with Survey Data, 2nd Edition*, [on-line monograph], <http://home.att.net/~rpingjr/lv1/toc1.htm> (04/06/05).
- PUTNAM, R. (1993), *Making democracy work*, Princeton, Princeton University Press.
- (2000), *Bowling Alone: The Collapse and Revival of American Community*, Nueva York, Simon and Schuster.
- SINTOMER, Y. y E. KOEHL (2002), "Les jurys citoyens de Berlin", Centre Marc Bloch-Délégation Interministérielle pour la Ville, Berlín. (<http://server.cmb.hu-berlin.de/publi/index1.html>), (10/10/06).
- STOKER, G. (2001), "Trends in public participation: part 1 Local government perspectives", *Public Administration*, vol 79, nº1, pp. 205-222.
- USLANER, E. (2000), "Democracy and Social Capital", in Warren, M. (ed) *Democracy and Trust*, Cambridge, Cambridge University Press.
- (2002), *The Moral Foundations of Trust*, Nueva York, Cambridge University Press.
- (2004), "Bowling almost alone: political participation in a new democracy", *ECPR Joint Sessions of Workshops, Emerging Repertoires of Political Action: Toward a Systematic Study of Postconventional Forms of Participation*, Uppsala, Sweden, April 13-18.
- USLANER, E. y R. CONLEY (2003), "Civic engagement and particularized trust", *American Political Research*, vol. 31, nº 10, pp. 1-30.
- WOLLEBAEK, D. y P. SELLE (2002), "Does participation in voluntary associations contribute to social capital? The impact of intensity, scope and type", *Nonprofit and Voluntary Sector Quarterly*, vol. 31, nº 1, pp. 32-61.

RECIBIDO: 18/05/06

ACEPTADO: 5/10/06